

# Fantasías irrenunciables

**C**asi imperceptible, el hilo de dos obras disímiles cruzó por el espacio de los espectadores que tuvieron la oportunidad de apreciar, del III Festival de las Artes, las obras "Victoria" y "Otras Mujeres".

A simple vista ambas piezas no tienen nada en común. La primera de ellas es un derroche desgarrador y emotivo de una anciana, viviendo casi sin vida, enferma, tejiendo figuraciones y falsas memorias sobre el escenario, encarnada por una actriz que dejó a todos los espectadores perplejos ante su versatilidad, Dulcinea Langfelder.

"Victoria" es enfrentarse a enfermedades dolorosas de la vejez bajo la aguda destreza de una inteligencia que busca la reflexión a través del sutil hallazgo del delirio interpretativo del que fue capaz, lo decimos una vez más, esta artista canadiense, quien logró un impacto fuera de lo común con su puesta en escena.

"Otras mujeres", diálogos cortos de mujeres que pasan y seguirán pasando por la vida, dio a conocer en nuestra ciudad a Antonia San Juan, actriz de inspirada energía, con una naturalidad tan avasallante al momento de interpretar, que nada más al verla se entiende porqué la escogió Almodóvar para hacer ese casi inolvidable papel de "Agrado" en "Todo sobre mi Madre".

Ataviada con un vestido negro y una silla, en la que casi no se sentó, dominó el Teatro Municipal como si del patio de su casa se tratara, para relatarnos todas esas voces de mujeres que conspiran entre la realidad, la histeria y la fantasía.

Pero entre estas dos obras de risa espontánea sin conexiones más allá de las usuales sobre las tablas fueron revelándose sonidos inminentemente humanos que las conectaban entre sí.

Victoria, de Dulcinea, abrazó a las trece mujeres de San Juan entre el tenso algodón de la soledad, el vacío, la depresión, el volumen certero de la disparidad, la creatividad; las fluctuaciones entre la realidad y la ficción que siempre dejan esa extraña sensación al preferir, casi a gritos, el triunfo de la imaginación.

La belleza casi onírica de una vieja que se entretiene entre los pasillos de sábanas blancas empujando su silla de ruedas contrasta con la fuerza de las vitales mujeres que interpreta la actriz canaria y, sin embargo, su esencia las reúne a todas ellas.

La magia entrecruzó los textos para narrar a través de la piel las verdaderas razones del juego existencial repleto de necesidades afectivas, sueños, sudor, saliva, embrujo, luminosidades y desaciertos. Ruidos de voces e imágenes que traen recuerdos. Momentos que

se acuerdan de olvidar el infortunio. Esa es la breve descripción de lo que es el teatro, el arte; el soplo que invita a despertar, todos los días.

En ese paralelismo invisible conmovió la ternura de Victoria ante la caída abrupta e inmisericorde de la cordura; y la misma fórmula que en San Juan se desata como el justificativo canto a la demencia plena con que se toman algunas mujeres la cotidianidad.

Victoria se vuelve niña a nuestros ojos. Como un fantasma recorre los laberintos de la memoria para convertir la silla de rueda en un personaje capaz de revivirle, paradójicamente, las fantasías a las que jamás renuncia ni ella ni los trece personajes a los que le da vida Antonia San Juan.

Frente al desdoblamiento del dolor en risa nace la conspiración honesta con los artistas.

Lenguajes distintos, acercamientos emotivos, sutileza o explosividad denotaron la inmensa e inexplorada posibilidad de lectura de piezas atadas por el cordel de la azul comunicación, latente, urgida, vital, sin aspavientos.

Sus memorias ficticias recorrerán el aroma de nuestros espacios calmados como espectadores del III Festival Internacional de las Artes.

Marisol  
Pradas S.

¡Gracias, Paco!